

# LA MÁSCARA

Por Carlos VALDÉS

Dibujos de Pedro CORONEL

**E**NERO. Frío y llovizna terca. El cielo había amanecido sin una esperanza de sol. Bajo techo, un guía de turistas tosía y se desesperaba junto a un extemporáneo cartel de propaganda, que sobre un paisaje de azul increíble lucía el lema: "México-pais-de-la-eterna-primavera". El hombre (corbata chillona) se reconfortaba con tragos de whisky de contrabando.

Las seis de la tarde. Pañuelos y charcos. Las oficinas vomitaban empleados con la neurosis exaltada. En las calles florecían los paraguas. Humedad y nostalgia freudiana. Achís... Achíiiiis...

Un auto rugió con un sedoso ronroneo de máquina cara: Cadillac. Los limpiabrisas (siiip-sip, siiip-sip) se esforzaban por mantener despejado el campo visual. Jorge Iturbide, al volante, avanzó abanicando el agua del pavimento con las ruedas, por la avenida bordeada de árboles secos. Dejó atrás el edificio donde tenía sus oficinas, todo un piso, el último, como si aspiraran a treparse al cielo. En la placa de bronce podía leerse: *Compañía Financiera*. Y más abajo, a la izquierda: *Capital Social: 15 000 000*. A medida que el señor Iturbide (atlético tendiendo a la gordura) dejaba atrás la zona comercial, y se internaba en la residencial, iba olvidándose de su sonrisa-máscara, y la cara se le empañaba con un gesto de fastidio (que muy pocos habían logrado sorprender). Era su estado de ánimo permanente, a pesar de sus 36 años, de su ligera tendencia a la gordura, y de su cardíaca carrera (calificarla de brillante hubiera sido reincidir en el estilo (\$) de los cronistas sociales. Cf. las columnas de los principales diarios de la ciudad de México desde su nacimiento hasta nuestros días).

El gerente de la Compañía Financiera se zafó del cuello la bufanda (obsequio navideño de su mujer). Extraño metabolismo. A pesar del frío sentía calor y sudaba. Pensaba en el balance anual. Su gesto de fastidio se acentuó casi de manera sartriana.

\* \* \*

*La voz de la secretaria emergió del aparato de intercomunicación, impersonal como si brotara del fondo del mar.*

*—El señor Kino, de la Compañía de Contadores.*

*Y el untuoso (jesuítico diría mejor) Kino apareció con la contabilidad bajo el brazo, y las solapas manchadas de caspa. Sólo una vez al año debo verlo, sin embargo, me echa a perder ese día.*

*—Me complace poder presentar un balance tan pingüe.*

*Pensé yo qué diría él, y lo dijo; año con año, me dedica las mismas frases estereotipadas. Muñeco ridículo y servil. ¿Por qué no inventará una fórmula que me atormente menos? Luego añadió:*

*—Ganancias superiores a las de otras casas del ramo.*

*¿Casas?, ¿ramo?, me pregunté yo: ¿no podrá enviarme la Compañía de Contadores un empleado menos estúpido? ¿Se imagina este señor Fino, o Kino, que soy un buen muchacho que se dedica a negocios ratoneros, y que brinca de gusto cuando divisa ganancias centaveras? No cabe duda de que es un tipo chapado a la antigua, y que estará feliz con su sueldo de muerto de hambre. Si le dieran a ganar un millón, en vez de embolsárselo inmediatamente, se pondría a persignarse y a meditar si no habría algo "sucio". En su lugar, me pegaría un tiro para poner fin a la retequecondenada falta de ambiciones.*

\* \* \*

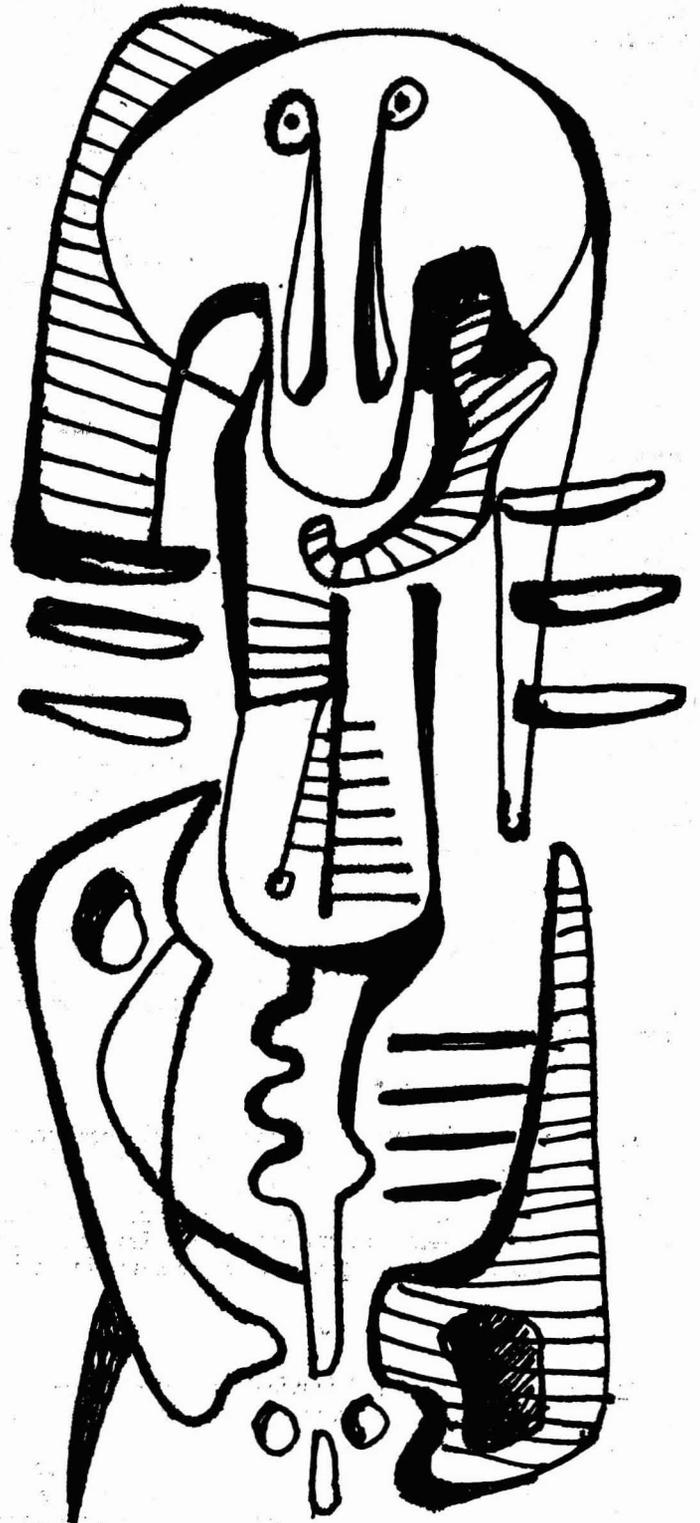
La casa de Jorge Iturbide mostraba su construcción, estilo colonial-californiano (*sic*), ostentosa como un pastel de boda, sin que faltara la típica piscina (interpretación ortodoxa: complejo de Edipo no superado). El hombre antes de entrar recompuso su sonrisa, para que su esposa no notara que "estaba de malas". La máscara sonriente recibió un beso de su esposa y le devolvió otro. Luego tomó en brazos a un niño, y lo besó. Se vio obligado a repetir la operación; la naturaleza lo había premiado con tres descendientes. El más severo maestro de protocolo hubiera aprobado la ceremonia del besuqueo. Y él se felicitó por estar tan bien entrenado en los usos domésticos.

Los niños desfilaron hacia el lecho. En sus pijamas parecían tres gnomos traviesos y bien nutridos. Papá apagó

la luz del cuarto de los niños. Desaparecieron las camitas, los rostros ruminantes, las paredes rosas donde campeaban los animales humanizados de Disneylandia, y el suelo con las revistas de apetitosos colores para la imaginación infantil. A oscuras (sin necesidad de máscara) pensó en lo felices que eran los chiquillos (*la buena suerte de los retequecondenados*) que no tenían la obligación de soportar veladas aburridas. Las "veladas aburridas" eran los parientes.

\* \* \*

El gong (refinamiento copiado de una película yanqui de ambiente aristocrático) anunció que la amenaza se había cumplido puntualmente. Ding-dong-bel. Ding-dong-bel. Ninguno de los buenos parientes era capaz de faltar a su palabra, cuando se trataba de una cena. El ding-dong-bel de la puerta se oyó hasta diez veces, y cada vez aparecía un invitado chorreando agua y saludos. (Realmente el "buenos"



no encerraba ninguna intención irónica; si han existido unos parientes buenos serían los de él.)

\* \* \*

Manteles largos, servicio de plata y cristal cortado. Pronóstico probable: tormenta de bostezos.

Un grupo de diez personas (contando parientes consanguíneos y políticos) se habían reunido a la mesa, más exactamente alrededor de Jorge Iturbide, en una competencia de elogios y atenciones; hasta el primo Arturo (tan entendido en cuestiones de filosofía griega) a su lado era un mero objeto decorativo. La máscara sonriente, mientras se esforzaba en no oír la conversación, metralla de frases hechas, y se maravillaba por enésima vez del parecido de la tía Carolina con una bruja gorda—sudorosa—abanicante que había descubierto en un museo de Europa (quizá en Madrid, tal vez en el Prado; único recuerdo divertido, aparte de las prostitutas francesas, en un viaje educativo y aburridísimo, caro además), reflexionaba, sin que nadie sospechara el giro de su pensamiento.

\* \* \*

*Si mis parientes fueran un poco más criticables, me resultarían menos aburridos. Si yo hiciera el menor gesto de impaciencia, ellos levarían anclas. ¿No es estúpida su conducta? Soy su Dios; pero me avergüenza su adoración. ¡Re- tequecondenados!*

\* \* \*

Zapatillas, pipa y lámpara de noche. Los adminículos (legítimos, importados de E. U. A.) del rito casero sirvieron para celebrar la retirada de los 10000, y sólo el primo Arturo por sus humanidades podía reclamar el título de griego). Iturbide se apropió de un sillón cómodo, abrió un libro: los *Diálogos* de Platón. Los encontraba tan áridos como un guión cinematográfico; pero le parecía humillante no tener ni noción del tópico favorito del primo Arturo.

\* \* \*

—Por consiguiente, ¿existe un discurso verdadero y un discurso falso? —preguntó Sócrates.

—Sin duda —afirmó Hermógenes.

—¿El discurso, que dice las cosas como son, es verdadero; y el que no las dice como son, es falso? —volvió a preguntar Sócrates.

—Sí —respondió Hermógenes.

—¿Luego es posible decir, mediante el discurso, lo que es y lo que no es? —interrogó Sócrates.

—Ahora te comprendo menos que antes —confesó Jorge.

—Escucha lo mismo con más claridad —intervino el primo Arturo.

—Convengo en ello —aceptó Jorge.

—De todo lo que quiero explicarte, concibe por lo pronto lo siguiente: que es posible que no se sienta lo que se sabe e igualmente que se sienta —dogmatizó Arturo.

—Sin duda —dijo Jorge, aunque no entendía muy bien.

—He aquí la causa. Cuando la cera que se tiene en el alma, es profunda, mucha en cantidad, bien unida y bien preparada, los objetos que entran por los sentidos y se graban en este corazón del alma (como le ha llamado Homero, designando así de una manera simulada su semejanza con la cera) dejan allí huellas claras y profundas, y que se conservan largo tiempo —aclaró Arturo.

\* \* \*

A Jorge no le interesaban mucho los *Diálogos*, pero la lectura sería lo eximia de hablar con su mujer; no quería comunicarle la ganancia del año, pues le repugnaba dar un gusto con lo que para él sólo era una desilusión. Continuó la farsa, pero se tomaba un trabajo inútil. Era una esposa demasiado perfecta; no se permitía la libertad de interrogarlo.

\* \* \*

*“La mujer: el perro del hombre”, sentenció Sócrates en su dulce ático, pero el descubridor genial de la razón, se dio cuenta de que su discípulo no comprendía. Así que el primo Arturo se veía obligado a traducir las palabras del maestro al corrompido dialecto latino de los iberos, que era el único que comprendía Jorge “La mujer, cuando estamos*

*malhumorados, no es capaz de moverse por temor a molestarnos. A pesar de todo ¡cuánto más nos complacería que las esposas tuvieran más inteligencia, sentido de los valores y menos fidelidad! Las embrutece tomar en serio su papel de ‘la otra mitad’. Los hombres, en cuando el hado lo permite, faltamos a la palabra empeñada a Himeneo, para librarnos un poco del maligno influjo de las virtudes femeninas.” Jorge se tapó las orejas con la cera de la estupidez, y se lanzó a pensar por su cuenta, si es que la tartajosa actividad de su mente podía denominarse así. “Es cierto: tengo una amante; pero, como a todas las que se dedican al amor, más le valdría abandonar sus ideales de Magdalena. Pero el hombre ingenuo cae en la trampa del ‘amor libre’. ¿Qué otro remedio nos queda que ir de perfección en perfección, siendo recondenadamente perversos?*

\* \* \*

El joven capitán de las finanzas ganó la puerta. Su esposa —como él adivinaba— no intentó retenerlo; ni siquiera le recomendó que se portara bien, aunque ella intuía que iba a visitar a la otra. Finalmente se oyó un suspiro ahogado, y el roce de un abrigo en cuerpo vasto y ambicioso como un Balzac visto por Rodin. El hombre se prometió no volver a olvidar la gimnasia matinal.

\* \* \*

Jorge Iturbide tenía amante no por el simple prurito de poligamia, sino porque pensaba que no había nada como un “amor ilícito” para mantener la armonía del hogar (teoría encontrada en el folletín providencial de una peluquería). Hasta pretendía encontrar cierta virtud estoica en sus ejercicios extraconyugales, además de darle a su burguesía un toque mundano y sport. A sus amigos les hablaba de ella —de su bella querida— como si se tratara de una hazaña realizada en el club de golf.

\* \* \*

Apartamento de lujo. Elevador automático. Tapete de alambre para limpiarse los zapatos. Timbre musical. Ella —la otra— lo esperaba vestida con un oportuna bata de noche. Siempre que a él se le ocurría llegar, ella lo estaba aguardando. No era su único defecto. Además de usar ropas ligeras, no le costaban ni un centavo partido por la mitad al señor. Ella caía en el exceso sentimental de tener relaciones sólo por amor, aun los regalos se los correspondía con otros de igual o mayor precio. Ella era joven, cariñosa, desinteresada, y él se moría de aburrimiento a su lado. Esa noche, en cuanto dio y recibió el beso ritual —apasionado por parte de ella, sólo cortés por parte de él— envidió al chico de los mandados que podía retirarse en cuanto lograba cobrar.

\* \* \*

*Ella se ha quedado dormida sobre mi brazo, y no me atrevo a librarle por no despertarla. Cuando nadie me observa puedo dar rienda suelta a mi imaginación. Ellos, los que esperan dividendos y regalías, pensarán que mis pesadillas consisten en columnas de cifras prosaicas. Se equivocan. Sueño con aguas claras y espejos metafísicos; hasta leo los *Diálogos* de Platón (no los entiendo muy bien y me parecen anticuados, sin embargo, me agradan sus inteligentes relampagueos, y sobre todo me fascinan sus imágenes, más recondenadamente exactas que el libro mayor de la *Compañía Financiera*). Verdaderamente me maravilla la ambición de esos sabios, del Sócrates que fue capaz de tomarse la cicuta como una coca-cola helada, porque el mañoso con el veneno se bebió la inmortalidad. Arturo, primo pedante, no se te vuelva a ocurrir mencionarme la filosofía —ni la griega ni ninguna otra—. “Arturo-lentes-de-sabio”, que me admiras por mi incapacidad para discutir contigo, yo soy alguien mejor del que a simple vista puedes ver, soy la imagen que inventé cuando era adolescente, un muchacho etéreo que caminaba siempre delante de mí. Un paso en el camino de la perfección. Los griegos eran así. Pero me angustié inútilmente; el ideal se me escapó. Me tiré de cabeza al pozo, se puede decir; pero cuando llegué al fondo de las cosas, el otro había escapado. Sólo me queda la sed —el amor de mí mismo insatisfecho— y también unas cuantas metáforas. No muy buenas; pero tampoco lo es ninguna poesía escolar. Y la condenada cera de mi alma se ha derretido.*

*Ella, la que se entrega gratis, duerme sobre mi brazo, pero ni por estas sabe quién soy yo. Y la dejaré en la ignorancia, porque me marchó.*

\* \* \*

Jorge Iturbide pisó el acelerador de su auto hasta donde se lo permitían los reglamentos. Continuó sintiéndose triste; pero juzgó imprudente tratar de reanimarse con la droga de la velocidad; ya no era ningún muchacho.

\* \* \*

La viva iluminación de un restaurante le inspiró el deseo de entrar.

En el restaurante, la luz se derramaba sobre los manteles y los servicios. Lujo y soledad. Avanzó en la sala, sin decidirse a sentarse por el exceso de lugares. En los grandes espejos de las paredes desfiló una multitud, todos los individuos eran iguales a él; pero ni los numerosos dobles lograban disipar la soledad. Iturbide se derrumbó sobre una silla, y cientos de hombres imitándolo, se derrumbaron sobre otras tantas sillas, incómodos por tener que compartir su miseria. Como él, ellos estaban solos, no necesitaban la máscara sonriente.

\* \* \*

*Había una vez un rey poderoso. Invitó a los ricos y a los nobles a un festín; pero ellos lo despreciaron. La sala de los banquetes brillaba por la ausencia de los invitados. El pobre rey se sintió afligido. Los manjares, la música, los vinos, todo se desperdiciaría. Para salvarse del chasco, abrió las puertas a los parias y a los pordioseros, y a la gente más miserable del reino; pero ellos recelaron de tanto lujo, y temieron que los nobles sintiendo celos tomaran venganza... El rey se quedó solo.*

\* \* \*

Un mesero apareció abanicando una carta inmensa, proporcionada al tamaño del local. La máscara sonriente sentía deseos de entregarse a una plática; pero respetaba demasiado su posición, sólo ordenó una taza de café.

Se dedicó a tomar el café, y a compadecerse del espejo de enfrente que reflejaba su imagen melancólica. Echó mano al recurso supremo del burgués: trató de encender un cigarro; pero no encontraba sus cerillos. Entonces recibió una sorpresa; lo que pensaba que era su reflejo, resultó ser un individuo que le ofrecía lumbre.

—Iturbide, ¿no te acuerdas de mí?

El recordó su escuela. En un relámpago se le revelaron días de monotonía y de disciplina; intentos de montar en escena una virilidad que rápidamente se adaptaba al ritmo de burdeles, cigarros y cerveza; emulaciones de héroes del cine y de la ciencia, noches en claro tratando de aprender en unas veladas las lecciones de un trimestre, chistes repetidos con igual éxito de generación en generación, exámenes copiados, una costilla rota en el violento campo deportivo; la noviecita santa y las otras: costureras, sirvientas, meseras; la camaradería de los muchachos afianzada a fuerza de puñetazos, préstamos incobrables e insultos afectuosos. Entre todos los recuerdos uno se estancó como charco después de la lluvia. Había un muchacho que se parecía tanto a él que los compañeros creían que era su hermano gemelo. Iturbide odiaba el parecido; lo tomaba como un insulto a su originalidad. Su antipatía aumentaba con el tiempo, pues el otro se mandaba a hacer trajes del mismo color y corte. La emulación no terminaba allí, sino que se prolongaba a los modales y al timbre de voz. Además su adoración lo convertía en una especie de perro que lo seguía a todos lados. Mientras más huía de él, su doble más cerrada volvía la persecución. Cuando terminó la escuela estaba feliz de no verlo.

Volvía a oír su voz, tan parecida a la de él:

—Hace mil años que no te veo.

El gerente de la Compañía Financiera observó que el otro no había cambiado mucho: era una versión grotescamente crecida y atiborrada del escolar. Frente a él estaba un hombre alto y grueso, que derramaba ternura por las pupilas. (Un perro que recobra a su amo habría sido la comparación más apropiada.) Se apoderó de una silla, y se acodó sobre la mesa con expresión de éxtasis. Parecía dispuesto a dedicar toda la noche a la evocación. Afortunadamente no mencionó la gloriosa jornada en que derrotaron a los Diablos Verdes —tres carreras a cero—, ni la verja rota por donde se colaban cuando llegaban tarde, ni los chistes académicos del profesor de química.

La máscara sonriente presentía que eran triunfos que el otro se reservaría para cuando le llevara el café y el periódico a la cama, o para cuando echado en el tapete de



la sala, esperando una mirada de aprobación, rompiera a hablar entre alegres ladridos: “¿Te acuerdas el día en que...?”; por el momento sólo se atrevía a darle palmaditas y a decirle:

—Me he enterado por tu primo Arturo que te casaste —luego continuó dando una serie de pormenores sobre el matrimonio.

La máscara sonriente se preguntaba cómo podía conocer sus asuntos mejor que él mismo; y el informante, el primo Arturo, era una nulidad reconocida en materia de información familiar.

—¿Dónde te escondes? —le preguntó el otro—. Me ha sido difícil encontrar tu pista, pero ahora que te encontré no te escaparás de que ofrezca una cena en tu honor. ¿Sabes?, algo íntimo; nos reuniremos sólo los ex alumnos — continuó trazando planes para comidas, tés de beneficio, visitas a exposiciones y museos.

La máscara sonriente se metió las manos a las bolsas, temió que el otro, pasando de los dichos a los hechos, se pusiera a lamérselas. La amabilidad de su ex compañero le resultaba fastidiosa como las fiestas de un gran perro San Bernardo.

—Sí, sí —dijo, y añadió promesas vagas de encontrarse; pero el otro lo había atrapado y no iba a soltarlo.

\* \* \*

Salió estrechamente escoltado por una figura, sólida, pero que apuntaba ya a la ruina, que muy bien podría confundirse con su sombra. Los burgueses enfundados en sus abrigos, se despidieron con un abrazo prolongado. Como apenas era de madrugada, y la calle estaba bastante oscura, algún borrachín podría haberlos confundido con un par de osos bailarines.

La máquina estaba fría. Tuvo que esperar que se calentara. Finalmente el auto arrancó; pero él se vio aún obligado a hacer un gesto de amabilidad, que bien observado era de asco ante una alimaña; su grueso amigo trotaba detrás del carro, tiritando, y saludando con la mano en alto,